

La familia sí importa

Conferencia de Benigno Blanco, presidente del Foro Español de la familia y miembro del patronato de las fundaciones Redmadre y Más familia. Junio 2010, Sheraton Hotel, Montevideo.

Dr. Benigno Blanco. Asesor del Congreso de Diputados de España; Secretario del Ministerio de Fomento; Director de los Servicios Jurídicos de Iberdrola; Presidente del Foro Español de la Familia.

Mi agradecimiento al Dr. Motta que en representación del Foro Uruguayo de la Familia me ha hecho la invitación para estar con ustedes ahora y mi saludo especial a las autoridades que han decidido acompañarnos en esta sesión sobre la familia, cuya asistencia masiva por parte de ustedes y la propia de los legisladores nos muestra que como tema la familia suscita un gran interés en Uruguay, como lo suscita absolutamente en todo el mundo.

Se me ha propuesto como lema que les hable de que la familia sí importa. Este es un lema bajo el cual, no hace mucho tiempo, en Madrid, la capital de España, nos manifestamos millones de españoles dando la cara por la familia y diciéndole a la opinión pública, a los poderes públicos y a los ciudadanos españoles que somos muchísimos aquellos a los que la familia sí nos importa. Y voy comprobado en mis periplos por el mundo que esta afirmación se puede predicar prácticamente de cualquier país. La presencia del interés por la familia es universal.

Yo voy a tratar de seguir un esquema, que les adelanto. En primer lugar voy a definir qué es familia, dato importante en nuestra época, aunque no lo haré con una definición académica. En segundo lugar voy a intentar hacerles un diagnóstico de cuáles son los problemas específicos y singulares de la familia en nuestros días en tanto en cuanto nos diferencia de los problemas de la familia en épocas anteriores. Y en tercer lugar, porque no pretendo que esto sea una intervención académica sino práctica, voy a hacerles unas cuantas sugerencias de lo que yo creo que todos y cada uno de nosotros podemos hacer para ayudar a que sea más fácil hacer familia en la sociedad uruguaya.

¿Qué es la familia?

Ustedes saben que definir de lo que hablamos en una época como esta es especialmente interesante. Porque precisamente en una época como la nuestra, como fruto de todos los debates ideológicos del siglo XX, hay muchas palabras de uso cotidiano cuyo concepto *conceptual* no es compartido por todo el mundo. Utilizamos palabras y no todos entendemos lo mismo al referirnos a ellas. Es más, yo diría es especialmente interesante hoy día de qué estamos hablando cuando nos referimos a lo evidente, que es lo que hoy precisamente no suele entenderse: qué es un hombre, qué es una mujer, qué es un niño, qué

es la libertad, qué es la familia. Por eso, dado que vamos a hablar de la familia, de algo evidente, voy a permitirme definirla ante ustedes. Y para definirla voy a referirme a dos tópicos que se repiten con mucha frecuencia en todos los países del mundo, en España, en Uruguay y en el resto de los que yo conozco; son tópicos no verdades aunque muchas veces sean reiteradas en los medios de comunicación y en los debates públicos. El primer tópico es aquel que afirma que hay diversos tipos de familia. Se nos dice que ha habido una familia llamada tradicional a la que se mira con cierto cariño y benevolencia por las funciones que ha hecho en el pasado. Pero también se nos argumenta que recientemente, no se sabe muy bien cuándo, han aparecido nuevos tipos de familias, lo cual nos obligaría a una redefinición del concepto de familia, de las leyes sobre la familia y de nuestras políticas sobre la familia. Pues yo me atrevo a decirles a ustedes que esto no es verdad sin más. No digo que a mí no me guste que haya nuevos tipos de familia, sino que no hay nuevos tipos de familias. Y para ello apelo a la historia. Si uno analiza la historia de la humanidad de las pocas constantes que puede comprobarse que se han dado en absolutamente todos los tiempos en todos los lugares del planeta y en todas las culturas es la existencia de un núcleo esencial de relaciones interhumanas: chico, chica, niño, que siempre han sido apreciadas como singular y especialmente valiosas. Antes de Cristo, no lo inventó la Iglesia Católica, antes de los fundamentos de la cultura occidental en los que nosotros vivimos, no es un invento de la cultura occidental, y es universal. Todos los pueblos hasta los más primitivos han percibido que cuando a un chico le gusta una chica y cuando a una chica le gusta un chico y deciden compartir la vida sucede algo que no solo interesa a ese chico y a esa chica, sino a toda la sociedad, a toda la tribu, a todo el clan, a toda la ciudad. Qué es eso que surge en particular cuando son un hombre y una mujer los que comparten su vida y que no sólo hace referencia a la felicidad personal de ese hombre y de esa mujer sino al bienestar colectivo de toda la sociedad: el nacimiento de niños. Y, dada las características biológicas de la especie humana la posibilidad de que nazcan niños sólo se da cuando son precisamente un hombre y una mujer los que comparten su vida. A las leyes, a los estados, al conjunto de los ordenamientos jurídicos, no les importa y no debe importarles, porque en caso contrario serían totalitarios, ni la vida sexual ni la vida afectiva de las personas, no se puede y de hecho no se ha hecho nunca regular por ley ni la afectividad ni la sexualidad, porque no son realidades que tengan trascendencia jurídica, son privadas. Por eso, por ejemplo, nunca a nadie se le ha ocurrido promover una ley que regule la amistad, que es un fenómeno muy importante en la vida de las personas. Pero precisamente porque la amistad agota su eficacia en la relación con los amigos no pinta nada al Estado estar regulando la amistad, por lo tanto el Estado no regula el cariño entre un hombre y una mujer, tampoco el Estado regula la vida sexual de las personas, sería totalitario. Por lo tanto cuando nuestras leyes desde el comienzo de la humanidad han mirado a la familia, al matrimonio, a la unión entre el hombre y la mujer y lo han regulado y

además en clave de protección, no estaban regulando que dos seres humanos, un hombre y una mujer, se quieran, o que compartan su vida sexual, estaban regulando otra cosa distinta: la creación del ambiente ecológicamente idóneo para el nacimiento e integración social de las nuevas vidas.

Dicho en términos muy claros, el matrimonio no tiene nada que ver ni con el cariño ni con la sexualidad aunque los presupone, la atracción afectiva o sexual entre el hombre y la mujer es, en palabras de Chesterton, la puerta de entrada a esa inmensa mansión que es el matrimonio. Mansión hecha esencialmente de apertura constitutiva hacia la vida y de las relaciones que derivan de ella. Por lo tanto cuando pedimos que a ley regule el matrimonio como institución específica para la unión entre el hombre y la mujer no estamos pidiendo que la ley prime una de las llamadas ahora orientaciones afectivo-sexuales sobre otra, no estamos pidiendo que traslade al ordenamiento jurídico las categorías morales de una confesión religiosa o de otra, no, estamos pidiendo únicamente que constate el hecho evidente de que dadas las características biológicas de la especie humana, la unión estable entre el hombre y la mujer, y sólo esta unión crea un ambiente ecológicamente imprescindible para el futuro de la sociedad. Aquel en el que pueden nacer y ser educadas las nuevas generaciones. Por lo tanto pedir la defensa del matrimonio y la familia, afirmar sí, la familia importa, no es un presupuesto ni moral, ni religioso ni debiera ser la opción de una parte de la sociedad, sino que es razonablemente la petición de sentido común de cualquier persona sea cual sea su ideología, sea cual sea el partido político al que vote, sea cual sea su opción religiosa, que esté preocupada por el futuro y la calidad humana de la vida en una sociedad. Porque sin familia, sin personas que libremente y porque les da la real gana creen ese ambiente estupendo donde la vida puede ser recibida, las sociedades no tienen futuro.

Y esto era así en la época de las cavernas, en todas las civilizaciones pasadas conocidas y hoy día. No hay nada nuevo en materia de sexualidad bajo el sol, desde la época de las cavernas no hemos descubierto nada nuevo en materia de sexualidad, todo está visto y probado. Y el que no se lo crea que se acerque a la literatura babilónica, al Antiguo Testamento de la Biblia, a la literatura griega y egipcia. Las cosas que se nos presentan hoy como novedosas en el campo de la afectividad y la sexualidad están probadas y vistas desde siempre, no hay novedad ninguna, no hay nuevas formas de familia. Lo que hay hoy día es un prejuicio ideológico novedoso en la historia de la humanidad. La humanidad conoce desde sus primeros momentos que hay distintas formas de ordenar la vida afectiva y sexual de las personas. Ni la homosexualidad, ni la transexualidad, ni el adulterio, ni la poligamia son un invento del siglo XX. Se conocen desde siempre. Pero desde siempre también la humanidad ha sabido con sentido común distinguir entre las distintas formas posibles de organizar la vida afectiva y sexual de las personas una que tiene una especial relevancia social, aquella que se abre a la vida. Lo que pasa en la intimidad de la relación interpersonal afectiva y sexual de quienes no pueden dar vida no tiene ninguna

trascendencia social, y por lo tanto no merece acceder a las leyes. No por un rechazo, desprecio o discriminación sino porque no aporta nada a la sociedad. Sin embargo lo que sucede en el seno de aquella relación interpersonal de la cual normalmente se deriva algo tan relevante como la garantía de que la sociedad tiene futuro, que es el nacimiento de los niños, merece por derecho propio acceder a las leyes y en clave de protección. La humanidad siempre ha sabido distinguir, en consecuencia, esa forma especialmente valiosa de organizar la propia vida afectiva y sexual que es lo que llamamos matrimonio, para protegerlo. Incluyo aquellas épocas que han normalizado en la conducta colectiva y en la moral pública otras formas de sexualidad, como la homosexualidad –y así sucedieron aquellos pequeños períodos de la Grecia clásica y de la Roma clásica–. En aquel tiempo supieron distinguir entre lo que era una conducta privada normalizada socialmente pero indiferente para el interés general y que no había ninguna razón para regularlo por la ley y lo que era otro tipo de forma de organizar la vida social: el matrimonio, que sí tenía una inmensa trascendencia y merecía la pena regularlo por ley y además en clave de protección.

¿Cuál es el prejuicio moderno que hoy es novedoso? El prejuicio moderno que hoy es novedoso y es ideológico sin más es el de aquellos que pretenden afirmar que todas las formas posibles teóricas de organizar la vida afectiva y sexual de las personas tienen igual relevancia social y pública. Este es el segundo tópico que se repite sin más. Eso es ideología, no es realidad, eso es un prejuicio, eso no es una afirmación sobre lo que sucede en la vida real de las personas. Hoy como siempre la única forma de organizar la vida afectiva y sexual de las personas que tiene una clara y sistemática relevancia pública, porque genera ese ambiente ecológicamente idóneo para la vida que es lo que interesa a la sociedad, es la unión entre el hombre y la mujer, es decir el matrimonio. Por lo tanto hoy como siempre pedir un régimen singular y específico de protección jurídica y pública para el matrimonio es de radical justicia. Y pedir ese mismo régimen para uniones de personas que no pueden aportar lo mismo a la sociedad porque son estériles es injusto. Y esto no es discriminación no es trasladar juicios morales a las leyes, esto es reconocer las cosas como son, donde hay una eficacia social pública debe haber orden jurídico y leyes de protección donde no hay trascendencia en términos de eficacia social pública no hay razón para que el derecho se ocupe. Cuando nuestras leyes fiscales introducen en la regulación de los impuestos determinadas deducciones o beneficios para los empresarios que invierten en cosas que la sociedad considera valiosas, no está discriminando cuando no se concede esa deducción a quienes no hacen esas inversiones. Solo está diciendo: al que en libertad decide hacer algo que interesa a toda la sociedad le doy un beneficio y al que en libertad no quiere hacer eso que beneficia a toda la sociedad no le castigo pero tampoco le doy ese beneficio. Eso no es discriminatorio, eso es ser razonablemente justos en las definiciones legales.

Por lo tanto no hay en nuestra época tipos nuevos de familia, sólo existe el tipo de familia de siempre: chico, chica, niño. Y como siempre también, porque los seres humanos somos libres, unos lo realizan muy bien, otros fracasan al intentarlo, otros lo hacen a medias y hay gente que vive este ideal de modelo familiar al cien por cien, otros al noventa, otros al ochenta, otros a cincuenta, otros a cuarenta y otros a lo mejor al cuatro por ciento. Y por eso no hay que ser esencialistas en la definición conceptual de familia, pero hay que saber cuál es la ideal, porque las leyes deben proteger el ideal. Las leyes deben introducir instrumentos jurídicos para incentivar la forma más perfecta de realizar las instituciones que regulan. Eso que sucede con las leyes laborales por ejemplo, estas laborales, supongo que en Uruguay como en España, contemplan distintos tipos de contratos y prevén que haya despidos laborales, pero no incentivan el despido, intentan incentivar el trabajo permanente. Y no incentivan las formas de trabajo que son menos protectoras como son los contratos de trabajo a tiempo parcial, sino que intentan incentivar los contratos permanentes, y saben que hay otras realidades y las regulan pero intentan incentivar lo mejor.

Al regular el matrimonio y la familia cabe pedirle al Estado que haga lo mismo, que sabiendo los fallos, los errores y las imperfecciones regule esta institución tan valiosa para la sociedad en plan de intentar conseguir lo mejor. De animar e incentivar lo más perfecto. Y qué es lo mejor en la familia, eso se entiende muy bien si nos ponemos a pensar para qué sirve la familia. Por qué las leyes y las sociedades se preocupan por las familias. Y les he dicho, si familia tiene algún significado, si este término nos aporta algo más que amistad, es precisamente apertura a la vida. Por lo tanto la primera razón de ser de la familia es dar vida. Por lo menos crear la estructura humana en la que normalmente surge la vida, desde luego que hay casos de esterilidad porque la vida humana es siempre muy variada. La primera razón de ser de la familia como institución social es la vida. Y por lo tanto una sociedad que quiera apreciar la familia, debe apreciar la vida. Y una sociedad que no aprecia la vida no acaba de entender a la familia. Y por eso defender la vida es defender la familia. Yo no voy a hablar en esta conferencia sobre el aborto porque no es el tema, pero ya que cito la íntima relación entre familia y vida debo decirles a ustedes porque si no, no sería sincero que me preocupa profundamente la banalización y trivialización del aborto en nuestro mundo. Me gustaría soñar y espero llegar a verlo, con una sociedad que adopte la única solución que me parece progresista en materia de aborto. Que es aquella que regule en sus leyes una protección de la vida del niño no nacido siempre y en todos los casos como el ser humano que es, y una protección de la mujer embarazada, siempre y en todos los casos para que nunca ninguna esté librada a los problemas de un embarazo imprevisto. Es decir, una legislación que apueste de verdad por los dos bienes que están en juego en el aborto: la vida del no nacido y la mujer, ni el uno sin la otra ni la otra sin en uno. Esto fue un paréntesis.

Por lo tanto la razón de ser de la eficacia de la familia es la vida, porque da vida. Pero, en la especie humana se da una característica muy singular que no es propia del resto de las especies que conviven con nosotros en el planeta. En otras especies, especialmente de mamíferos, las hembras se limitan a parir animales, el hecho biológico de traer al mundo animalitos. Pero en la especie humana pasa algo muy particular y es que después de parirlos normalmente los queremos. Y los niños cuando crecen normalmente quieren a sus padres. Al menos hasta la adolescencia, luego se enturbia un poco y se recupera pasado ese período. Esto es un fenómeno social y jurídicamente muy relevante, porque ese cariño espontáneo de hijos a padres y de padres a hijos crea de hecho el lazo de solidaridad interpersonal más potente que ha conocido jamás la humanidad. Lo que más traba y une a las personas. Y por eso la familia aporta una segunda singularidad a la sociedad, la familia es el sitio donde unos están disponibles para otros para lo que el otro necesite mientras lo necesite, porque lo necesita y en tanto y cuanto lo necesita. En la familia hay donación y disponibilidad gratuita, y esto es profundamente enriquecedor de la vida social, eso humaniza, genera calidad de vida, es un valor insustituible y máxime en sociedades como las nuestras en que las relaciones sociales están profundamente mercantilizadas. Si en la vida mercantil, incluso en la política, opera el principio de te doy tanto cuanto espero recibir de ti, la familia opera espontáneamente el principio contrario. Te doy lo que necesitas y sin esperar recibir nada de ti. Esto es de una eficacia inmensa. Hasta tal punto que una escuela norteamericana, la de Gary Becker, intentó hace unos años poner en marcha una línea de investigación académica que consistía en cuantificar en términos monetarios lo que la familia hace gratuitamente. Es decir, valuar en dólares a precios del mercado lo que la familia hace por puro cariño. Hubo que renunciar inmediatamente a esa línea de investigación porque desde los primeros números se vio que literalmente no había dinero para pagar lo que hace la familia. Lo que la familia aporta a la sociedad es literalmente impagable. La economía no genera productividad para pagar lo que hacemos gratis en familia. Y además lo que hacemos gratis en familia lo hacemos con una enorme eficacia, porque se hace por cariño. Por eso cuidamos, atendemos y estamos disponibles sin horarios, sin límite. Y por eso, por lo menos en países de la vieja Europa, donde mucha gente fracasa en hacer una familia, va siendo cada vez más claro el siguiente axioma: merece la pena invertir en la familia para que no fracase para luego no tener que invertir mucho más después para que el Estado supla a la familia porque esta ha fracasado. Porque al Estado lo que la familia hace gratis y con mucha eficacia a él le sale muy caro y lo hace con mucha menos eficacia. Donde no hay familia el Estado debe ocuparse de los niños. Donde no hay matrimonio el Estado muchas veces tiene que hacerse cargo de los problemas sanitarios, psicológicos, afectivos, etc. Donde no hay familia no hay quien cuide a las personas de la tercera edad. Por lo tanto donde no hay familia para el Estado surgen muchas cargas económicas y presupuestarias que pueden llegar a

hacer inviables las políticas asistenciales públicas. Y, sin embargo, donde la familia funciona no se generan estas cargas para el Estado. Por lo tanto e incluso desde un punto de vista meramente economicista compensa que el Estado se implique en proteger a la familia, no es la petición de una visión religiosa de la vida ni de una concepción moral sino la constatación fehaciente hoy cómo siempre de que la familia es una institución socialmente muy eficaz y muy difícilmente sustituible.

La familia por lo tanto da vida y genera solidaridad, es la verdadera seguridad social. Mimar a la familia es una exigencia de salud pública, de calidad humana en nuestra sociedad. La familia merece apoyo por una razón de justicia. Y merece apoyo esta familia, la única que existe, aquella que aporta a la sociedad apertura a la vida y solidaridad basada en la relación padres-hijos. No la vida afectiva o sexual de quienes optan por otra forma de organizar su vida sin aportar esto a la sociedad, que tienen todo el derecho del mundo, todos somos libres. Pero quienes libremente optan por constituir a partir del matrimonio este núcleo tan eficaz, generador de vida y de solidaridad merecen ayuda. Y merecen ayuda porque aportan mucho a la sociedad. Y porque si ellos no aportan deviene mucho más injusta la vida social, más deshumanizada. Y quienes fracasan al intentarlo, fracasan, qué se va a hacer, la vida es así. Pero el Estado debe intentar apoyar un modelo de familia sostenible, que sea eficaz, que dure en el tiempo. La razón del interés social de que la familia dure en el tiempo no es tampoco una confesión religiosa de la persona es constatar dos realidades humanas. La primera, que la ruptura del matrimonio es un fracaso, sucede, pero nadie se casa para divorciarse, es un fracaso de un intento y no es razonable que las políticas públicas apuesten por el fracaso, aunque lo tengan en cuenta. En estos momentos en Europa por ejemplo, el divorcio es la mayor causa de pobreza femenina. Porque es la mujer básicamente la que en términos de renta paga las consecuencias del divorcio. Y el divorcio es una de las causas más graves de disfunciones sociales en la integración de los jóvenes. Es verdad que se da el divorcio pero no podemos alegrarnos de los divorcios. No sería razonable que el Estado prime o facilite un divorcio, porque es un fracaso. El Estado debe primar aquello que da mayor sostenibilidad a la relación matrimonial que es su duración perenne en el tiempo. Es muy importante para la sociedad la duración en el tiempo del matrimonio porque otra característica singular del niño humano es que es el mamífero que más tarda en madurar. Casi todos los demás mamíferos, nada más ser alumbrados se ponen en cuatro patas y comienzan a pastar y sobreviven por sí mismos. El pequeño ser humano no, necesita mucho tiempo de cuidado y atención por parte de sus padres. Por lo tanto es muy bueno que estén papá y mamá durante mucho tiempo a su lado para darles ese cuidado, hasta el punto de que lo que humaniza de verdad al bebé humano es la palabra y el cariño de sus padres. Los pocos casos que se han estudiado científicamente de niños que en la edad del desarrollo racional no han convivido con humanos sino con animales, los llamados niños lobo, nos

acreditan un dato: si el niño no convive en la edad del desarrollo racional con humanos nunca llega a desarrollar la capacidad del habla. Podemos decir que el niño se humaniza en lo más esencialmente humano de sus potencialidades que es la capacidad de de hablar, que expresa la razón, cuando se le habla. El niño aprende a querer cuando se le quiere, aprende a razonar cuando se le razona, y desarrolla el habla cuando escucha. Y cuando mamá o papá, o los dos por algo grave que pase, no pueden estar al lado del niño por ese largo período de tiempo, tenemos un problema. Y lo tienen los niños. La segunda realidad es que todos los estudios sociológicos que yo conozco del mundo europeo y americano nos acreditan que donde hay un matrimonio estable, que convive con sus niños en una relación pacífica, durante todo el tiempo de madurez pasada la adolescencia, hay muchos menos riesgos de fracaso escolar, de drogadicción, de alcoholismo, de violencia en los menores. Lo cual no implique que todos los matrimonios de mamá y papá tengan niños estupendos y santos, ni lo contrario, entre los seres humanos hay de todo. Pero debemos estudiar las estadísticas, ver qué es lo que funciona normalmente para primarlo. Y ver qué es lo que no funciona para tratar que no se dé. Por lo tanto a la sociedad le interesan los matrimonios estables, proyectados en el tiempo, duraderos, donde los niños sean acogidos, educados durante mucho tiempo. Y por lo tanto lo que se llama modelo de familia tradicional, que es el único modelo de familia sigue siendo y como siempre una situación social muy deseable para la calidad de vida de las personas. Y por eso es muy razonable pedirle a los legisladores y a los Estados que protejan esa familia, la que existe. También en la medida proporcional a aquellos que no realizan este ideal al cien por cien, por supuesto. Pero sin renunciar a la protección y al incentivo del ideal porque no sería justo.

Ahora bien, como ha pasado a lo largo de toda la historia, hacer familia hoy tiene sus dificultades. No es la primera época en que hay dificultades para hacer familia, en todas las ha habido. Lo que pasa es que los seres humanos vivimos las dificultades de nuestra época como especialmente graves porque son las nuestras. Hoy día hay muchas facilidades para hacer familia en contraste con épocas anteriores. Hoy día vivimos en sociedades esencialmente pacíficas, gracias a Dios, no hay una guerra internacional cada cuatro o cinco años. Vivimos en Estados de derecho, eso no ha sido normal a lo largo de la humanidad; tenemos sistemas asistenciales públicos que ayudan a la familia a cumplir su función asistencial; hoy día la mayoría de las madres no mueren al dar a luz, eso no ha sido lo normal en el curso de la humanidad; hoy día los niños no mueren no más al nacer... por lo tanto hay condiciones muy positivas en contraste con otra épocas para hacer familia. Pero, a su vez y como no podía ser de otro modo, hay unas dificultades específicas del siglo XXI para hacer familia que creo que es bueno conocer. Porque si no hacemos un diagnóstico preciso y acertado de los problemas de nuestra época, difícilmente los afrontaremos. Me refiero a los problemas ambientales no a las particularidades de cada matrimonio. ¿Cuál es el problema ambiental, en mi

opinión, específico de la familia hoy? Me atrevería a decirles que el problema singular de la familia, en Uruguay, España y en todas partes del mundo, es el problema del ser humano en el siglo XXI.

Que es que hoy hay, como nunca ha habido, muchos de nuestros conciudadanos que no se aclaran sobre sí mismos. Hoy más que nunca hay muchas personas que no tienen ni idea de lo que implica ser un ser humano. Y las personas que no se aclaran sobre sí mismas como seres humanos, cuando intentan construir una realidad humana con otra persona, que tampoco se aclara sobre sí misma, obviamente fracasarán. Por qué digo que hoy en día hay mucha gente que no se aclara sobre sí misma. Porque quizá la característica más singular de nuestra época respecto a épocas anteriores es que hoy hay muchísima gente que no razona, literalmente, que no piensa sobre lo esencial. Gente que ha asumido el prejuicio intelectual de que no merece la pena de hacer el esfuerzo de pensar sobre lo esencial, por ejemplo sobre el propio hombre, porque pensando uno no se aclara. Y les explico a qué me refiero. Todos nosotros vivimos en lo que se llama la civilización occidental que es una civilización singular en la historia de la humanidad, que se caracteriza justamente por su confianza en la razón. Es una vieja historia que surgió hace unos veinte siglos. Allá por el siglo IV aC en una pequeña esquina del mar Mediterráneo en una ciudad llamada Atenas se dio lo que me atrevería a llamar el primer choque de una sociedad con el pluralismo ideológico que tenemos históricamente documentado. Porque los griegos de la época, por distintas razones políticas y comerciales, viajaban por todo el mundo conocido, estuvieron en Persia, llegaron a la India, a Egipto, a Italia, y así conocieron las distintas culturas de su época. Y cuando volvían a su ciudad, Atenas, que no llegaba a los 100 mil habitantes, hacían lo que solemos hacer todos los que somos de pueblo cuando viajamos por el mundo y volvemos a casa, que es contar lo que hemos visto. Así los atenienses comenzaron a darse cuenta de que junto a sus dioses, en otros pueblos había otros dioses y que junto a su forma de organizar la forma política de Atenas, su constitución, en otros pueblos había otras constituciones distintas. Y que junto a sus modas, a sus relaciones económicas, en otros pueblos había otros... y fueron conscientes del pluralismo.

Ante esa constatación del pluralismo hubo dos formas de reaccionar. La primera es la que en la historia reconocemos como los sofistas, que son aquellos que vinieron a decir que ante esa pluralidades de dioses, leyes y costumbres no hay quien se aclare por lo tanto cada uno que viva lo mejor que pueda y punto. Postura que en la historia ha sido infecunda, no ha dado más de sí. Y la segunda forma de reaccionar sí ha sido históricamente muy fecunda porque funda nuestra civilización. Y es la que se puede encarnar en ese admirable personaje que es Sócrates. Sócrates es un individuo que vino a decir que ante esta pluralidad, yo, porque soy racional, tengo la obligación de aclararme. Tengo que distinguir cuáles dioses son ciertos y cuáles falsos porque me va en ello mi vida, tengo que discernir qué forma de organizar la

forma política de Atenas es la más justa de entre todas porque me juego la justicia de la sociedad al aclararme en estas cosas. Y lo más importante, tengo que aclararme sobre qué concepto de ser humano me ayuda a ser más feliz. Y Sócrates para aclararse utilizó un método que creo que es muy acertado para nuestra época. Este es el método de actuación que tiene el Foro Español de la Familia para defender a la familia en nuestra sociedad en estos días y que sugiero que utilice el Foro Uruguayo de la Familia porque es muy útil. ¿Qué hizo Sócrates para aclararse? Hablar. Sócrates salía a las calles de Atenas y hablaba con todo el que quería escuchar de las cosas importantes de la vida, hablaba del bien y del mal, de la justicia e injusticia, de la virtud, del poder político, de los dioses... Y en esas conversaciones, Sócrates iba depurando sus propias concepciones al responder a las críticas que recibía o las dudas que se le planteaban y ayudaba a sus conciudadanos a aclararse a ellos mismos. Muchas veces mostrándoles la poca consistencia de las cosas que pensaban. De Sócrates hemos heredado dos cosas muy importantes para nuestra civilización. La primera: que los seres humanos hablando nos podemos aclarar, podemos discernir con certeza el bien del mal, la verdad de la mentira. La segunda: que el aclararnos no es algo subjetivo y particular sino que a través de diálogo podemos compartirlo con los demás, que la verdad no es un convencimiento subjetivo sino objetivable, compartible, razonable; que el aclararse puede ser un proceso de socialización, haciendo que unos y otros nos ayudemos a entender mejor las cosas. Esa confianza en la razón funda a occidente. Y por eso es en la civilización occidental en la única en que surge la ciencia, por poner un ejemplo, porque hay que creer que el mundo es razonable para intentar hacer ciencia. Y por eso es en la sociedad occidental donde descubrimos el concepto de dignidad humana, porque hay que creer que el hombre tiene naturaleza y se puede conocer para saber lo que tiene de digno. Y además, esta convicción griega de que con la razón nos podemos aclarar, adquirió una especial fuerza histórica cuando la razón griega se encuentra con la revelación cristiana. De la tradición judeocristiana le llegó a la razón griega que sí podía fiarse de la razón. Sócrates se fió de la razón pero no sabía por qué podía fiarse, eso lo aprendieron los griegos de la tradición judeocristiana. Esta tradición dice que nos podemos fiar de la razón porque el mundo es razonable porque no es fruto del azar sino que es el fruto razonable del acto inteligente de un ser muy razonable que es Dios creador. Y por eso como el mundo es razonable lo podemos conocer con certeza. Y como parte de ese mundo, somos razonables y hemos sido pensados, tenemos una consistencia, una naturaleza, somos algo, y podemos conocer ese algo que somos. Podemos conocer con certeza qué nos hace mejores y qué nos hace peores, cuál es el bien del que somos capaces.

¿Qué sucede hoy en día? Sucede que esta confianza en la razón que está en los orígenes y en lo mejor de la tradición cultural de occidente está medio muerta. El racionalismo de la filosofía contemporánea nos ha hecho desconfiar de la razón. Descartes nos hizo dudar de que con la razón pudiésemos conocer

con certeza la realidad de las cosas. Kant nos convenció de que no podemos conocer con certeza la realidad de las cosas. Desde entonces el pensamiento racionalista ha ido calando en la mente de nuestros contemporáneos y por eso mucho de nuestros contemporáneos no razonan. Se han dejado llevar por el mito de que razonando no nos podemos aclarar sobre lo esencial. Admitimos pacíficamente la eficacia de lo razonable en el mundo de las ciencias experimentales contemporáneas. Nos creemos a pies juntillas todo lo matematizable, lo cuantificable. Pero todo aquello que podemos conocer por procedimientos distintos de los propios de las ciencias experimentales contemporáneas lo hemos dejado al terreno de lo subjetivo, de lo arbitrario. Toda una civilización está en estos momentos permitiendo la degradación de la calidad moral de su vida por negarse a pensar sobre lo mejor que podemos conocer. Supongo que aquí como en mi tierra muchas conversaciones cuando se habla de lo esencial, de la vida, del matrimonio, de la sexualidad acaban diciendo “bueno, tú lo ves así, yo lo veo de esta otra manera, qué vamos a hacer”. Quien dice eso no razona. Si alguien le dijese eso a Sócrates pegaría un puñetazo sobre la mesa y diría “así no se puede acabar una conversación, así empiezan las conversaciones, porque si yo veo las cosas así y tú así, es porque alguno de los dos o los dos estamos equivocados”. Hay que estudiar el tema y razonar para aclararse. Cuando un debate termina en “yo lo veo así tú de otra manera” estamos observando cómo la razón ya no opera. Con esto que he dicho ustedes pueden comprobar que eso de que la gente ya no razona puede tener algo de verdad. Y por eso para muchos de nuestros contemporáneos no hay un conocimiento objetivo de la propia naturaleza humana. Nos creemos el mito existencialista y sartriano de que somos seres condenados a nuestra libertad, de que el único parámetro para nuestra conducta es la libertad. Para la forma clásica de entender el hombre yo tengo una naturaleza y la realizo en libertad, para la forma irracionalista contemporánea yo soy una libertad que creo una naturaleza al actuar. La diferencia es total. Quien cree que es una libertad no se conoce, no se aclara sobre sí mismo, porque cree que se va creando, y lo hace de una forma distinta de cómo se crea el de al lado; somos pequeños diosillos creando nuestra naturaleza humana. Y así no hay manera de organizar la convivencia, tampoco la convivencia matrimonial. En cambio, quien es consciente de que tenemos una naturaleza que se puede conocer puede conocerse a sí mismo, puede conocer a aquella persona a la que ama, pueden entender las complementariedades existentes entre los dos, conocer el bien del que somos capaces cada uno y los dos juntos. Así sí se puede hacer matrimonio, así sí se puede hacer familia.

Este es el problema de la familia en nuestra época ¿por qué se incrementa el divorcio en nuestras sociedades?, no porque seamos más malos, menos constantes, menos fieles sino porque mucha más gente no se aclara sobre sí misma y no entiende, por ejemplo, el sentido de la fidelidad, no sabe cómo proyectar en el tiempo lo mejor de sí mismo, y por eso no sabe manejar los

problemas más ordinarios y diarios de la convivencia familiar. Por qué muchos padres hoy en día no saben cómo educar a sus hijos en la adolescencia, algo que lleva haciendo desde Adán y Eva toda la humanidad, la adolescencia no se inventó en el siglo XXI. Y sin embargo es un gran drama educativo para muchos de nuestros contemporáneos porque no se aclaran sobre la naturaleza humana de su hijo y por lo tanto no saben cómo administrar sus problemas a la hora de educarlo. Este es un problema muy serio. Y este es el problema que debemos que afrontar todos aquellos que queremos ayudar en la sociedad uruguaya a que haya un mejor clima familiar.

Y por eso paso a la tercera parte: ¿cómo se puede ayudar hoy aquí a que haya mejor ambiente para hacer familia? Voy a permitirme darles cuatro consejos, que sirven para todos. Si tuviera que hablar solo a legisladores daría otros consejos específicos para ellos, o si hablara para madres de familia añadiría otros consejos. Los consejos que voy a dar valen para todo el mundo, sea cual sea nuestro rol en la sociedad, nuestro lugar en la familia, nuestro grado de formación académica, nuestra posición social o económica, da lo mismo.

Son cuatro ámbitos de responsabilidad primaria de cualquier uruguayo en cuanto ciudadano si quiere defender la familia en la sociedad.

El primero es: cuidar a la propia familia. Porque no existe la familia en abstracto, existe mi familia, tu familia. Hacer que la familia sea todas esas cosas bonitas que he dicho: un sitio donde se da vida, donde la gente se quiere, donde nos cuidamos, donde estamos disponibles; debemos esforzarnos porque la familia de cada uno responda a este parámetro. Y esto exige un cierto esfuerzo. Es muy espontáneo hacer familia pero exige esfuerzo, lleva su tiempo, y específicamente hoy con las características sociológicas del entorno familiar en una sociedad urbana como la nuestra exige dedicar tiempo a estar juntos los miembros de la familia. Porque los seres humanos para querernos necesitamos rozarnos, no podemos querer lo que no conocemos. Piensen ustedes lo que es el proceso de enamoramiento, chicos y chicas salimos juntos, de repente una chica del grupo te atrae un poquito más que el resto, nunca se sabe por qué es esta y no otra. Y cuando eso sucede comienzas a pegarte un poco más a ella, le dedicas un poco más de tiempo, y al dedicarle más tiempo y más de ti comienzas a quererla un poco más que al resto. Y al quererla un poco más que a la demás comienzas a conocerla un poco mejor también, y al conocerla mejor la quieres más. ¿Sabéis por qué se da ese fenómeno de a mayor conocimiento más cariño, a más cariño mayor conocimiento? Porque es imposible estar al lado de alguien esencialmente amable, digno de ser amado, y no amarlo. Y todas las mujeres son esencialmente amables, y por eso si uno se pega a una mujer que es intrínsecamente amable uno la ama. Los hombres también somos amables, claro.

Este proceso llega a su madurez con la decisión de casarse y sigue exactamente igual hasta el momento de la muerte. Y por eso vivir un compromiso matrimonial para toda la vida no es un esfuerzo arduo contra la

naturaleza. Eso sí, como condición *sine qua non* que no dejemos de estar pegaditos a nuestro amable particular. Porque si en vez de estar muy cerquita de mi amable particular me pego a otra amable, el mecanismo funciona igual y terminaré enamorado de otra amable. Pero si yo no hago esa tontería, me moriré con mi amable particular. Esto es perfectamente posible y no exige grandes esfuerzos, exige no hacer tonterías por el camino. Pero hay que dedicar tiempo a tu amable, marido y mujer debemos estar juntos, y tener tiempo para hablar, para discutir, para compartir, para gritarnos, y eso habitualmente, si no el amor decae. Porque nadie de nosotros es capaz de enamorarse de un unicornio, porque no existe. Podemos enamorarnos de una mujer porque existe y es guapa, por lo tanto tenemos que estar cerca de esa persona a la que queremos porque así podremos quererla mucho. Y cuanto más hablemos con ella, cuanto más nos rochemos con ella, más la querremos. Y con los hijos pasa lo mismo, hay que dedicarles tiempo. Además es bueno dedicar tiempo a los hijos sin romper el orden de surgimiento del matrimonio, es decir, un hogar no es un lugar donde hay una señora con unos hijos a donde llega un señor por la noche. Un hogar es un sitio que han formado un señor y una señora que se quieren mucho, y porque se quieren mucho tienen niños a los que los dos quieren mucho conjuntamente. Y en el desarrollo de la vida familiar hay que conservar ese orden, papá y mamá hablan mucho y luego los dos juntos hablan con los niños. A veces las mamás tenéis el riesgo de dejar al papá un poco fuera y dedicarse a los niños, y el papá necesita atención y cariño también. Necesitamos dedicarnos tiempo en la familia, tiempo para hablar. No sería un hogar sano y con posibilidades de crecer aquel en el que el primero que llega por la tarde enciende la televisión, todos los que van llegando se apuntan a mirar la tele y el último que se acuesta la apaga. Eso puede ser un bar, pero una casa no es un sitio donde vemos la tele, es un sitio donde hablamos y a veces sí vemos juntos la tele. Y esto es muy común en nuestra sociedad, uno se cuelga del ordenador, otro mira la tele en el living, otro la mira en el dormitorio y resulta que pasan los días y no hablamos. Hay que sacar tiempo para cuidar con mimo la propia familia.

Segundo consejo: si mimamos nuestra familia veremos que es una realidad que nos hace muy felices, aunque muchas veces nos enojemos y nos apetezca tirar a nuestra mujer o a nuestro hijo adolescente por la ventana, eso no es contradictorio con quererse mucho. Convencidos de que nuestra familia es un deleite debemos querer lo mismo para toda la gente que queramos porque uno quiere para aquellos que quiere lo bueno que él tiene. Por lo tanto seguro que nos preocupará ayudar a los demás a que vivan bien en familia. Vamos a ayudar a todos los de nuestro país porque queremos que vivan bien en familia. Y para ello sugiero tres nuevos ámbitos de responsabilidad personal. El primero es usar al servicio de la familia el poder más grande que tenemos todos los seres humanos, y no es ser el presidente de un país, el poder más grande que tenemos todos es el hablar. Porque cada vez que hablamos, nos metemos literal y físicamente en el interior de la cabeza y el corazón de

quienes nos escuchan y entramos ahí con capacidad de formatear, de modificar lo que hay ahí. Yo ahora estoy usando este poder con ustedes, y soy muy consciente. Este mismo poder lo tienen ustedes cuando hablan con otras personas todos los días, y son muchas. Les sugiero un lema para usar bien este poder de hablar: hablar bien siempre de las cosas buenas. Hablar bien de la familia, del amor, del matrimonio, de la sexualidad, de la vida, de los hijos, más que hablar mal de las cosas malas. Porque el bien es muy seductor, es más atractivo que el mal. Si con la palabra ponemos las cosas buenas de la vida en el corazón y la cabeza de los demás, estaremos ayudando a los demás a enamorarse de esas cosas buenas de la vida. Por lo tanto la palabra es un poder inmenso. Eso sí en el siglo XXI ejercer con plena eficacia el poder de la palabra tiene una condición porque estamos en una época en la que ya los argumentos de autoridad no valen, ya no vale decir esto es así porque lo digo yo, ni siquiera con un niño de cuatro años, ni basta decir que algo es de una manera porque siempre ha sido así; hoy día tenemos que ser capaces de dar una razón razonada de nuestras propias convicciones. Saber explicar el porqué de lo que decimos y hacemos. Y para dar razón razonada de nuestras propias convicciones antes hay que razonarlas, es decir, hay que formarse. Y solo hay dos formas de formarse, que yo conozca, bien tomarse un tiempo para leer lo que otros que saben más que yo han escrito sobre algún tema o bien dedicarse a escuchar lo que dicen otros que saben más que uno sobre un determinado tema. Hay una obligación moral hoy para ser un ciudadano responsable que se preocupa del bienestar de la sociedad en la que vive de dedicar un tiempo para leer o escuchar, o mejor las dos cosas sobre estos temas esenciales de nuestra época: la familia, la sexualidad, la bioética, la vida etc. Porque así, formados, con argumentos, con razones, podremos utilizar continuamente este poder de hablar para explicar las cosas buenas a los demás presentándoselas como algo deseable.

Segundo medio en esta proyección pública, tercera sugerencia para ayudar a hacer familia en la sociedad en la que vivimos. Antes les decía que hay mucha gente en nuestra sociedad que no razona. Con esas personas que no razonan el poder de la palabra no funciona, porque son los que te dirán cuando cuentes cosas buenas “tú lo ves así, yo lo veo de otro modo, qué le vamos a hacer”. ¿Cómo llegar a esas personas que no razonan, que no se les puede llegar por el oído, por la palabra? La única manera es entrar a ellos por los ojos. Con el testimonio de vidas familiares plenas. Llega un momento en la vida en que todos nos preguntamos mirando a los que tenemos alrededor, a nuestros hermanos, a nuestros amigos de la infancia, ¿por qué este lo ha conseguido y yo no? O al revés, ¿por qué yo lo he conseguido y mi hermano lleva una vida tan triste en solitario? Y es el momento en el que modelos de vidas plenas, aunque estén llenas de las imperfecciones de lo humano, pueden resultar conmovedoras para las personas que se han equivocado en el modelo de vida por el que han optado. Somos felices en familia si nos llena nuestra vida, debemos exhibirnos así ante la sociedad, no tenemos derecho a ocultar a las

personas que nos quieren, los que llenan nuestro corazón. Porque si lo ocultamos a lo mejor no tienen ocasión de descubrir ellos la clave de nuestra felicidad para intentar imitarla. Sería absurdo que mis compañeros de trabajo sepan a qué partido político voto, o si soy del Barça o del Real Madrid, y que no supiesen que soy casado y tengo hijos. Porque a lo mejor si me ven feliz pueden pensar que es porque voto al partido que voto, o porque soy del Barça, lo que obviamente no es la fuente de la felicidad.

En cambio si saben que me ilusiona mi mujer, que quiero irme a casa temprano para estar con ella, si saben que me gustan los fines de semanas porque tengo más tiempo para hacer cosas con mis hijos, si les atrae algo de lo que me hace feliz sabrán que el vivir en familia es parte muy importante de esa felicidad. Y a lo mejor les puede llevar a ellos a ser más generosos y a vivir en familia. Por lo tanto, los que tenemos la suerte de vivir en familia y de entender la familia tenemos que exhibir nuestro estilo de vida, no ocultarlo. Que se sepa que la familia forma parte de nuestra vida, de nuestra felicidad. Esta puede ser una forma de pedagogía pro familia muy importante en nuestros tiempos.

Cuarta forma de influir a favor de la familia en nuestra sociedad, tercera forma hacia afuera de la familia: asociarse. Vivimos en sociedades muy pluralistas, donde uno solo puede hacer muy poco, pero dos juntos pueden hacer algo más, y muchísimos juntos mucho más. Por eso, los que amamos la familia debemos asociarnos para ser más eficaces y defender la familia y hacerla visible en nuestra sociedad. Debemos poner en común esfuerzos para llegar a más gente. Para ello existe el Foro uruguayo de la familia. Muchos juntos podemos tener una eficacia revolucionaria en la sociedad. La inmensa mayoría de las personas vivimos en familia, algunos fracasan al intentarlo, muchos lo consiguen. La inmensa mayoría está muy contenta de lo que hace al hacer familia. Si logramos que todos aquellos que están contentos en el intento de hacer familia lo contaran a otros, como Sócrates, salgan a las calles de Montevideo y de otras ciudades de Uruguay para hablar con otros de estas cosas importantes podríamos cambiar nuestra sociedad. Ha pasado la época en que se podía pedir a los políticos que nos arreglen nuestros problemas. Vamos a asumir nosotros la responsabilidad de resolver nuestros problemas. Vamos a crear nosotros con nuestra palabra, con nuestro ejemplo, con nuestra sonrisa, el ambiente para que mucha gente en Uruguay se ilusione todavía más con hacer familia. Vamos a reforzar los lazos de solidaridad entre familias para apoyarnos mutuamente a no fracasar en el esfuerzo de hacer familia. Vamos a crear instrumentos formativos y educativos para ayudarnos a entender mejor la familia y educar mejor a nuestros hijos. Y creando todo ese ambiente generaremos las condiciones sociales en que será posible pedirles con eficacia a los políticos que además nos refuercen con firmeza, no nos traicionen nunca y respeten los grandes valores de la familia.